

FIESTA

Por Carlos María Domínguez

Una noche de carnaval, al regresar al hotel de Tranqueras, el sonido de una guitarra llamó mi atención y luego la voz de un viejo que cantaba: “Ay, tablado de pobres...”

Me gustó la voz del viejo y la manera de tocar las cuerdas con el empeño áspero y denso de los cubanos de Buena Vista Social Club. Así que comencé a cruzar las vías muertas de la estación de tren, los pozos y los charcos que había dejado una lluvia, hacia la luz de donde provenía la voz. No salía de la luz, pero el cantor viajaba en la luz y las dos cosas eran una sola.

Eso fue lo primero que vi y después unas personas de pie, diseminadas en la oscuridad, alrededor de una cancha de cemento con dos gradas, que esa noche albergaba al tablado *El pelado se divierte*. Un tablado de bombitas blancas y bien pobre, como decía el guitarrero, con escenario de madera y un medio tanque al costado, donde humeaban los chorizos.

Frente al escenario no había nadie. Unas pocas personas se habían animado a sentarse en las gradas y el resto se repartía en la noche como esos animales de los libros de fábulas que, atraídos por una luz, miran a distancia prudencial y callan atentos.

De pronto el cantor se fue y un animador vestido de gaucho pidió aplausos para el viejo que ya bajaba la escalera posterior, ovacionado por cuatro palmadas. Pulcro, cordial, el presentador anunció a “Los fronterizos” y yo recordé al conjunto argentino, poco convencido de que se hicieran presentes en ese rincón de Rivera, a la orilla del Brasil.

El tablado era pobre y triste. El gaucho hacía bromas y recordaba al público presente que llegarían importantes conjuntos musicales para bailar “hasta que las velas ardan”, pero el público permanecía

retirado y parecía que aquello se desmoronaría de un momento a otro sin el esfuerzo del hombre que tiraba de la noche con una ilusión quijotesca.

Para la primera pareja que saliera a bailar prometía el excitante premio de dos pizzas con muzzarella en una cantina cercana, y a los que se animaran a comprar un choripán de los que se asaban junto al tablado, les anunciaba la participación en un sorteo por dos pasajes de ida y vuelta a Montevideo, gentileza de la compañía de ómnibus. Pero nadie salía a bailar y nadie se acercaba al gastronómico vehículo. Enseguida me distrajo el agradecimiento del locutor al auspicio de la tienda La Lucha, un comercio que en una esquina del pueblo, con viejas y grandes vidrieras a la calle, exhibía dos paños y tres telas. El nombre, excesivo para una tienda de géneros, me indujo a imaginar detrás del mostrador a un anarquista o a una familia que habría hecho del sacrificio por mantenerla abierta, su bandera. A juzgar por el polvo acumulado en las vidrieras era fácil deducir cómo iba la lucha, pero saber que en tan deplorables condiciones la tienda había donado dinero para el tablado del pueblo, demostraba que no sólo no estaba perdida sino que era ineludible. De modo que *El pelado se divierte* podía ser triste pero hechicero en la modestia de su afán por llevar la luz y la alegría.

“Los fronterizos” estaban integrados por un veterano de acordeón al hombro y un moreno más joven, que subió a su lado con una pandereta. Comenzaron a tocar una polka portuguesa con el mismo dejo áspero del guitarrero y la melodía quedó tan desnuda bajo la noche húmeda, que el silencio se oía como otra música.

El azar quiso que en la pista desierta se parara frente al escenario un muchachito con botas de goma, un gorro colocado al revés sobre la cabeza y un puchito en los

Carlos María Domínguez:: Escritor rioplatense que incursionó en la novela, el cuento, la biografía, la crítica literaria y el periodismo. Entre sus novelas se encuentran *La mujer hablada* (1995) por la que recibió el premio Bartolomé Hidalgo, y *La casa de papel* (2004), que le valió el Premio Lolita Rubial y el Premio de los Jóvenes Lectores de Viena. Además, escribió la biografía de Juan Carlos Onetti, *Construcción de la noche* (coautor junto a María Esther Gilio, 1993), y del Tola Invernizzi: *La rebelión de la ternura* (2001). Es bonaerense de nacimiento (1955) y montevideano por adopción (desde 1989 reside en Montevideo).

labios. Con los compases de “Los fronterizos” comenzó a mover un pie, después el otro, y a pitar de su cigarrito.

A medida que fumaba el pucho y andaba por el mismo infinito sitio, parecía dialogar con los músicos, aunque sólo con el cuerpo porque la cabeza estaba en otra parte. Me daba cuenta de que la cabeza estaba en otra parte por la mirada recogida y baldía, mientras se movía, público, delante del tablado.

Fuera lo que fuese lo que cavilaba tomándose, a veces, la cabeza, sin dejar de andar sobre la misma grieta del cemento, daba la sensación de que se iba y se quedaba, y dijera: soy de acá, pero me voy; me voy de acá, pero me quedo; tengo una confusión y un destino que cumplir.

Por incierta que se le presentara la vida de Tranqueras a la nada, bajo la noche y la nada, junto al ferrocarril y la polka portuguesa, lo indudable era la obligación de convertirse en otro por imperio de sus huesos, por la perplejidad que lo llevaba a la brasa del pucho mientras durara la canción, y a su desasosiego. Porque el veterano del acordeón y el moreno de la pandereta, con sus voces a la intemperie de sus instrumentos, le decían que lo invitarían a subir al escenario antes que pudiese darse cuenta. Era inocultable que el muchachito dudaba entre aceptar o no con los pies en la música, y que esa canción lo amparaba con una intimidad que nadie le daría, suspendido como estaba entre lo conocido y lo que nunca sabría hasta que fuera demasiado tarde.

Después la canción terminó y él se fue en la noche, y yo volví a cruzar las vías con un pucho en los labios, mientras el animador anunciaba, frente a la pista vacía, un trío eléctrico llegado de Vichadero que haría bailar al público hasta la madrugada. ■■

